

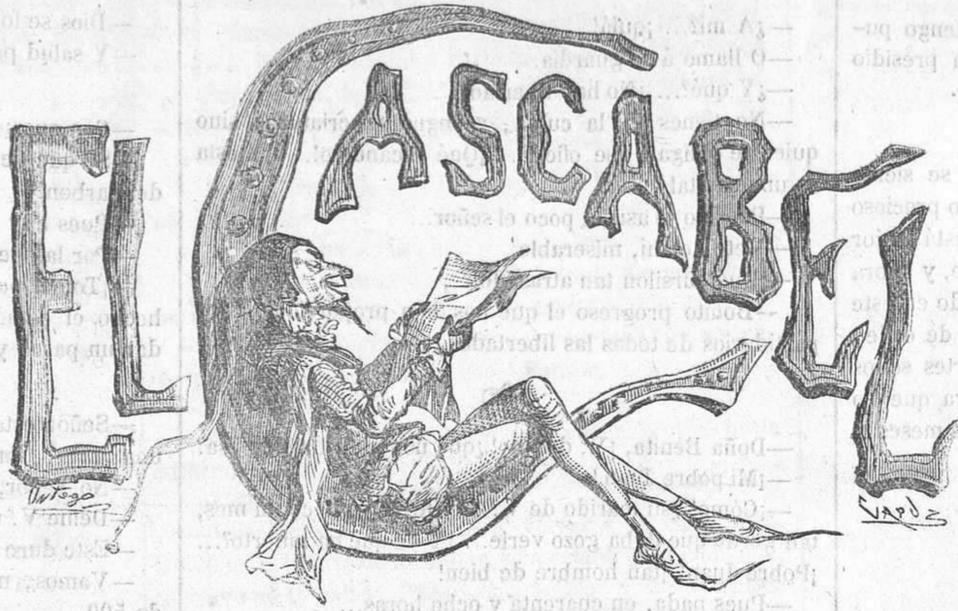
PRECIOS

MADRID	
Tres meses..	9 rs.
Seis id.	18 »
Un año.	30 »
PROVINCIAS	
Tres meses..	10 rs.
Seis id.	18 »
Un año.	34 »

NÚMERO SUELTO, DOS CUARTOS.

DIRECCION.

Plaza de Matute, núm. 2.



PRECIOS

EXTRANJERO	
Tres meses..	22 rs.
Seis id.	38 »
Un año.	74 »

Francia.—Pueden hacerse las suscripciones enviando á esta Administracion el importe en sellos franceses del correo.

Se suscribe en la Habana: Propaganda Literaria, calle de O'Reilly, núm. 54.

AMÉRICA

Seis meses..	33 rs.
Un año.	70 »

FILIPINAS

Seis meses..	60 rs.
Un año.	100 »

ADMINISTRACION,

Plaza de Matute, núm. 2.

COSAS DEL DIA

—Caballero, ¿á dónde va V. por aquí?... ¡Al Retiro?...

—¡Hombre! ¿á V. qué le importa?... ¡Vaya! déjeme V. en paz.

—Caballero, que se pierde V.

—Pero, hombre...

—Mire V., ahora poco me paseaba por el Retiro... yo soy cesante, y por eso me paseo mucho... y me salieron dos hombres navaja en mano...

—¡Cuerno!

—Pidiéronme lo que llevase, y les dije mi situacion de cesante y que no llevaba más que unos diez ó doce memoriales en el bolsillo. Uno de ellos entonces me hizo el favor de darme un palo, y digo que me hizo el favor, porque pudo largarme un navajazo, y me dejaron venir... Ahora, al verle á V. ir en esta direccion, mis buenos sentimientos me obligan á avisarle... Y avisado ya, puede V. hacer lo que quiera.

—¡Hombre! muchas gracias. ¿Con que no se puede pasear por el Retiro?...

—No, señor.

—Entonces, ¿por dónde iré á pasearme?...

—Créame V.; si quiere V. llevar reloj, levita y dinero, salga V. á pasear al patio de su casa, siempre que esté en el portal el portero ojo alerta, y si quiere V. frecuentar los paseos de Madrid, vaya V. en mangas de camisa, con un pantalon roto y sin medias. Es el medio de que no le roben á V.

—Así lo haré.

—Y se libraré V. de un susto.

—Muchas gracias.

—No hay de qué.

—Caballero, yo creo conocerle á V.

—Pues yo á V. no creo haberle conocido nunca.

—Usted estaba el otro dia en los toros, y por cierto que un chico le tiró á V. el sombrero.

—Sí, señor, y por no crear obstáculos al toro, no tiré yo al chico á la plaza.

—¿Usted es forastero?...

—Sí, señor; he venido de Tembleque á ver si me pagan una contrata, y me están entreteniendo con que hoy, con que mañana.

—Pues hombre, bien cerca, ahí enfrente, tengo yo un amigo que tiene gran influencia...

—¡Hombre!

—Si quiere V. venir...

—Pero, no conociéndole...

—El es muy franco; en su casa se reúne á esta hora lo mejor de Madrid...

—Es que... como suceden tantos chascos en Madrid...

—Caballero, desde el momento que dice V. eso... Yo lo hacia porque me gustó V. la otra tarde en la Plaza cuando levantó en alto al chico que le tiró el sombrero... pero V. dispense... yo soy una persona decente, he sido administrador de salinas...

—¡Hombre! V. perdone, pero uno tiene que estar con tanto ojo...

—Nada, nada, páselo V. bien. Yo lo hacia por hacer á V. un favor.

—Pues vamos.

—Es aquí, en el principal, una casa magnífica, paga mi amigo 15.000 rs. por el piso...

—Pero... ¿qué es esto?

—Mi amigo no está, pero va á venir; si mientras quiere V. jugar un entrés ó un elijan...

—¡Ay! ¡ay! ¡ay! no señor, me marchó.

—Pero si va á venir mi amigo...

—Pues déle V. expresiones. ¡Jesus! ¡ponerme yo á

— 168 —

la puerta con el sombrero en la mano y mirando á Blanca con timidez.

—¡Y bien! dijo Margarita, ¡ahora no se atreve á avanzar!... ¡Vamos! cuando estabais vestido de mujer no os estabais así de pié junto á la puerta y sin hablar una palabra; y mi pobre Blanca está toda temblando y no se atreve á levantar los ojos del suelo... ¡Vamos, hija mia!... no hay por qué ponerse encarnada cuando no se ha hecho nada malo... ¡cuánto apostamos á que tengo yo que animarlos!

Sin embargo, Urbano avanzó, por fin, y arrodillándose delante de la jóven, murmuró:

—Si no os agrado así... y si este traje me hace perder vuestra confianza, volveré á ponerme el de Úrsula...

La hermosa jóven levantó tímidamente la cabeza y miró á Urbano con ternura.

—¡Oh! no es eso, murmuró al mismo tiempo que sus mejillas se enrojecian más y más; es que no sé lo que tengo, no sé lo que me pasa, dispensadme.

Y volviendo la cabeza, fué á ocultar su rostro en el pecho de Margarita, á la cual dijo en voz baja:

—Dime ¿es el amor el que hace que tenga tanta vergüenza?

—Yo no me acuerdo muy bien del efecto que produce, dijo la vieja moviendo la cabeza. Sin embargo, creo que en mi tiempo se anunciaba lo mismo sobre poco más ó ménos.

Blanca se volvió entonces hácia Urbano, y le dijo con encantadora sonrisa:

—No os enfadeis... si estoy así, es porque me parece que ya os amo.

Encantado Urbano con el candor de la jóven, la tomó una mano, que estrechó contra su corazon, y se sentó junto á ella renovando todos los juramentos que le inspiraba su ternura. Bien pronto se restableció la confianza; cuando dos corazones se entienden, pronto desaparece la timidez. Blanca volvió á ser alegre y expansiva, y dejó conocer á su amante todos los sentimientos de su alma, y éste conoció que poseia un tesoro de inocencia y de bondad.

Margarita se mezcla en la conversacion de nuestros jóvenes; Urbano, con su dulzura y su amabilidad se ha ganado la amistad de la vieja criada.

Hacen mil encantadores proyectos para el porvenir, y Urbano refiere la posicion de su pequeña propiedad que en medio de un pais encantador

— 165 —

—Margarita, le dijo, debia castigaros por haber hecho traicion á mi confianza y por haber introducido aquí á pesar de mis órdenes á una persona. Quizás me direis que os engañaron como á Blanca... y quiero ereeros... Ademas yo le he perdonado ya, y es inútil por lo tanto hablar de eso. Ese jóven será el esposo de Blanca... me parece que la hará dichosa... Cuando abandonen esta casa os ireis con ellos. No tengo que daros ninguna orden, sino que no conteis á las comadres del barrio lo que pasa. Si cometeis la más pequeña indiscrecion ó decis una sola palabra, sereis la causa de que todo se deshaga.

—¡Margarita, no hables una palabra! exclamó Blanca.

—No, señorita... no, señor, no tengais cuidado, exclamó Margarita temblorosa, yo os juro...

—Eso me basta, dijo el barbero, amais á Blanca, y su felicidad depende de vuestra discrecion. Urbano vendrá por las noches hasta el momento en que sea su esposo.

Y el barbero se alejó despues de pronunciar estas palabras, dejando á Margarita llena de sorpresa con lo que acababa de oír.

—¿Y M. Touquet consintió en seguida? dijo al mismo tiempo que acompañaba á Blanca á su habitacion.

—Sí, Margarita.

—¡Estoy llena de sorpresa!

—A mí tambien me ha sorprendido... ¡Tenia un miedo de que rechazase á Urbano!...

—¡Urbano!... ¡Urbano!... ¿pero vos no le conocéis?

—Sí, le conozco, puesto que es Úrsula...

—Ya comprendo, pero Úrsula nos ha engañado...

—Para poder verme es para lo que se puso ese traje... fué por el amor que me tenia...

—¡Por amor!... pero vos no podreis amarle todavía.

—¡Oh, creo que le amaré muy pronto!... Urbano me iba á explicar lo que era el amor cuando mi protector llamó á la puerta.

—¡Jesus María! ¿y por qué no pediste socorro cuando viste que era un hombre?...

—Al principio tuve intencion de hacerlo así... pero Urbano no dá miedo... al contrario, y luego se arrojó á mis piés y me pidió perdon con un aire tan dulce y tan humilde... ¡Oh, Margarita, quién no le hubiera perdonado!

jugar!... Déjeme V. salir, ó ya sabe V. que tengo puños... ¡Jesus! ¡qué Madrid este!... Esto es un presidio suelto, como decia O'Donnell.

—¡Qué sitio tan agradable! ¡y qué fresco se siente aquí! Voy á sentarme en este banco. Es un sitio precioso este; es lo que yo digo, en ninguna parte se está mejor que en Madrid. Así, al anocheecer está delicioso, y ahora como está todo tan regadito... Me estaria sentado en este banco toda la noche. Por ahí van dos guardias de órden público. Es una buena institucion; en todas partes se los encuentra uno, y uno cobra así tranquilidad, ya que no cobre otra cosa, que á mi no me pagan hace seis meses...

—Si habla V. le destrippo.
—Quieto y silencio.
—¡Jesus!...
—¡No diga V. Jesus!
—El dinero.
—El reloj.
—Las sortijas...
—Pe...
—¡Que muere V!
—Tomen Vds...
—Y ahora, silencio; denos V. la mano.
—Adios, amigo mio.
—Servidor de V... Si grita V. muere.
—Vayan Vds. con... ¡ladrones! ¡ladrones! Sí, ¿quién los cogó?... ¡Dios mio! ¡qué susto!... Me siento malo... Con este susto, ¿qué me va á pasar á mi, que padezco palpitaciones de corazon?... tomaré un coche para que me lleve á casa... Pues señor, este sitio no es tan bonito como yo creia. Allí vienen dos de órden público, voy á decirles lo que me ha pasado. Los pobres se van á quedar pasmados, pero más pasmado me he quedado yo.

—Caballero.
—¿Qué quieres, hija?... ¿Una limosna?
—No, señor, yo no pido. Si quiere V. comprar fotografías, libros, cajas de fósforos con secreto...
—¡Hombre! á ver, á ver...
—Mire V. las fotografías.
—¡Jesus! ¡qué indecencia!
—Y este libro con estampas... es de veinte reales.
—Mira, vete ó te doy un puntapié.

—¿A mi?... ¡quidá!
—O llamo á un guardia.
—¿Y qué?... ¡No hay libertad!...
—No tienes tú la culpa, repugnante criatura, sino quien te obliga á ese oficio... ¡Qué escándalo!... ¡Y esta es una capital culta!
—Pues no se asusta poco el señor...
—Vete de ahí, miserable.
—¡Qué cursilon tan atrasado!...
—Bonito progreso el que nos han proporcionado los partidarios de todas las libertades.

—Doña Benita, ¡V. de luto! ¿qué novedad ha sido esa?
—¡Mi pobre Juan!
—¡Cómo! ¿su marido de V?... y le vi yo hace un mes, tan gordo que daba gozo verle... ¿Y de qué ha muerto?... ¡Pobre Juan! ¡tan hombre de bien!
—Pues nada, en cuarenta y ocho horas...
—Pero... sería cosa del corazon, porque él era muy sensible... algun disgusto que tendria en la Tertulia progresista...
—No, señora, mire V.: por la mañana tomó una chuleta, que luego que la tomó, me dijo:—Mujer, no te he querido decir nada, para que no te pusieras como una furia, pero la chuleta que me he tomado olia á demonios y sabia á diablos... Yo me puse como Vd. puede figurarse. La chuleta era atrasada, es decir, que no era del dia. Sin duda la criada la compró así por más barata.
—Ya lo creo.
—Y despedí á la criada. Por la tarde nos pusimos á comer, y para postre me habia llevado la portera unas ciruelas... Mi marido comió dos ó tres... pues no necesitó más... pasé una noche... él, sin poder echar las ciruelas, y en fin... á las cuarenta y siete horas, me llamó y me dijo:—¡No te quise decir nada, pero la chuleta y las ciruelas me han muerto!... Señora, se me parte el alma al recordar estas palabras.
—Pero diga V., en Madrid, ¿no hay nadie que inspeccione lo que se vende al público?
—No sé; el caso es que me quedé sin marido, y que no se me quita del oido aquel acento triste con que me dijo:—«¡La chuleta! ¡las ciruelas!...»
—¡Pobre Juan! no dejaré de rezarle un Padre Nuestro, y una parte de Rosario.

—Dios se lo pagará á V., doña Rosalía.
—Y salud para encomendarle á Dios.
—Con que ¿qué me dices del carbonero?...
—Sé que tiene más de diez mil duros entre las seras del carbon.
—Pues hay que darle un avance.
—Por la puerta no se puede.
—¡Toma! pues ya contaba yo con eso; pero ya tengo hecho el estudio del camino por la alcantarilla. Vente á dar un paseo y te enseñaré el plano.

—Señor estanquero, acabo de recibir estos sellos en una carta; ¿serán buenos?
—No, señor, son falsos.
—Deme V. un macito de cigarros, y cóbrese V.
—Este duro es falso.
—Vamos, me alegre. Pues cambie V. este billete de 500.
—Este billete es falso.
—Pues que V. lo pase bien.
—Vaya V. con Dios.
—Pues señor, todo lo que yo tengo es falso. Estoy divertido. Digo, no, todo no es falso, porque el oficio dejándome cesante con fecha de ayer, no es falso ni mucho ménos.

¡EN EL SITIO!...

(NOVELA DE VERANO)

ORIGINAL DE...

(Continuacion.)

IV.

TREINTA MINUTOS DE PARADA.

Ausente de tu vista
mucho más vivo,
porque cada momento
se me hace un siglo.
(Popular tambien.)

—Ya le tendré á V. presente...
(Palabras de cualquier ministro.)

(El autor de esta novela se sienta en la verde alfombra, saca el pañuelo para limpiarse el sudor, y con el sombrero en la mano y dando la cara á Madrid, pronuncia el siguiente discurso:)

¡Madrid, Madrid de mi alma!... ¡quién me mandaria

—¿Y vuestro talisman, hija mia? ¿No teniais ese recuerdo?
—Varias veces se lo enseñó á Urbano...
—¿Y no le hacia huir?
—Al contrario, se acercaba más á mi...
—¡Vamos! decididamente, todo esta cambiado... preciso será que ese jóven sea algun mago para operar tales cambios en esta casa... ¡desde este momento ya no tengo ninguna fe en la virtud de su talisman!
Blanca y la vieja esperaban con impaciencia que llegara la noche; Margarita por ver al jóven que habia operado tales prodigios en la casa de su amo, y Blanca deseaba vivamente volver á ver al que la hacia suspirar y experimentar un sentimiento nuevo para ella. Mas á los deseos de la jóven se mezclaba ese temor y ese pudor que acompaña siempre al primer amor. Pero la hora se aproximaba de que llegara Urbano, y la jóven sentia una cosa que la inspiraba un vivo deseo de agradar; entónces se levantó y se miró al espejo, arreglándose cuidadosamente los hermosos bucles de sus cabellos, al mismo tiempo que decia á Margarita:
—¿Crees tú que estoy bien así?... ¿crees que me amaré hoy tanto como ayer?
—¡Hija mia! exclamó la vieja criada, ¿si fuera capaz de variar seria indigno de vos?... cuando se ama de veras se ama siempre.
—¡Oh, qué placer! yo quiero amar así... Ya verás que Urbano no dá miedo, y tú tambien le amarás.
Nuestro jóven bachiller esperaba con tanta impaciencia como Blanca que llegara la hora para poder ir á casa del barbero. Desde la vispera no sabia lo que le pasaba; su felicidad habia sido tan imprevista, que le hacia perder la razon. La noche ántes se habia vuelto á su casa saltando y cantando de alegría. En el camino perdió parte de sus femeniles vestidos, pero como no tenia necesidad de volverse á disfrazar, le importaba muy poco llegar á su casa medio desnudo, pero tan feliz, que no hubiera cambiado su suerte por la fortuna y el poder del cardenal; y francamente, hubiera hecho bien, porque las alegrías y la felicidad que procura el amor no se pueden comparar á las grandezas y el poder, que siempre se halla mezclado con más ó ménos amarguras.
Al otro dia hubiera querido Urbano contarle á todo el mundo su felicidad, pero se acordó de que una de las primeras condiciones para su matrimonio con Blanca era que guardara el secreto sobre él; se contentó, pues, con mirar

las personas que pasaban por su lado, con cierto aire de satisfaccion y de triunfo, que anunciaba un corazon lleno de felicidad.
Por la noche vino, como tenia por costumbre, la vecina para ayudarle á vestir de mujer, pero Urbano le dió las gracias diciéndola al mismo tiempo que no necesitaba ya de sus servicios.
Urbano queria agradar más vestido de hombre que de mujer. Se colocó, pues, delante de un espejo, y se arregló con más cuidado de lo que tenia por costumbre. Despues miró sus cabellos que caian en desórden sobre su frente, y lanzó un suspiro al mismo tiempo que exclamaba:
—¡Si no la agradeceré! Sin embargo, los sucesos de la vispera le dieron valor y se dirigió á casa del barbero.
Llamó á la puerta un tanto tembloroso á pesar de que no temia ser mal recibido como otras veces. El sonido del aldabon de la puerta fué á resonar en el corazon de Blanca, que exclamó:
—¡El es!... ¡ahí está! y se levantó para dirigirse hácia la puerta, pero Margarita la detuvo.
—¿Qué vais á hacer, hija mia?... ¡estaria bien que fuerais vos á abrir la puerta á ese jóven!...
—¿Crees tú que estaria mal?... Si es así, ve tú, Margarita.
Margarita bajó y abrió la puerta al jóven, al cual miró con curiosidad. Sin duda su aire dulce y tímido prevenia en su favor, porque la vieja criada exclamó al verle:
—¡Es singular!... ¡parece más tímido en su traje de hombre que de mujer! ¡Vamos! venid... veremos á ver si sabeis todavia algunas aventuras ocurridas á personas de vuestra familia.
—Sí, Margarita, dijo Urbano, yo os contaré todas las que querais si eso os agrada.
—Quiere agradarme, pensó Margarita, al mismo tiempo que le guiaba; Blanca tiene razon, es un jóven muy amable.
Era una cosa particular ver á aquellos amantes que, despues de la primer entrevista en que se habian hablado de amor, volvian á verse, próximos á ser esposos. Blanca, que al principio habia querido correr hácia la puerta, no se atrevia á levantar los ojos, y se hallaba inmóvil en su silla escuchando los pasos de Urbano que se aproximaba.
Este, al penetrar en la habitacion en que entraba todas las noches desde hacia quince dias, experimentó una emocion inexplicable, y se detuvo á

abandonarte!... Yo te contemplo desde este llano donde estoy, á través de esos cielos y esas montañas. Yo te adivino, casi te veo á mi lado, á pesar de los 38 kilómetros de distancia que nos separan.

Ya va á anochecer. Dentro de poco estarán poblados tus jardines, intransitable el Prado, seductor el Buen-Retiro, misterioso Recoletos. ¡Bottesini... el circo de Price, el de Rivas! ¡Ah!...

Y en cambio me encuentro lejos de ti, en medio de un campo, rodeado de montañas, siguiendo con la vista el camino de hierro que conduce hasta tus afueras. Solo en estos andurriales, cerca de una estación de ferro-carril que se alza solitaria junto á la vía.

¡Qué contraste tan desconsolador!

¡Madrid y Villalba!

Allí el mundo de la realidad, el placer, las aventuras, los misterios, los gozes y las desdichas.

Aquí el mundo de los recuerdos, la soledad, la calma.

Allí el eterno murmullo de la vida.

Aquí el silencio de la muerte.

¡Oh, carísimo Madrid, yo te veo con el indescriptible encanto de todo lo que se contempla con los ojos del alma!

Ya eres para mí un recuerdo que toma cuerpo en mi imaginación.

Ya te admiro bajo el prisma del *ayer*.

Bajo el cristal de aumento del *pasado*.

¿Comprendes por qué tienes tanta poesía en estos momentos?

¿Comprendes por qué te hablo de esta manera y me acuerdo de aquellos versos de Moratin, que empiezan:

Madrid, castillo famoso...

aunque actualmente no te guste que te hagan coplas?

No me perdones nunca el delito de haberte abandonado.

He pasado por mi gusto de la luz á las tinieblas.

He caído del cielo á la tierra.

Y he recibido un batacazo soberano.

Extiendo los ojos y sólo veo las nubes y los cerros.

Cerca de mí están las diligencias que han de conducirnos por esas cordilleras á otros viajeros y á mí.

No se oye más ruido que el que producen las voces de los mozos del coche y los collares de las mulas, que tienen muchas campanillas.

No veo ningún personaje importante.

No corren los simones, ni el tramvia.

No se oye á los vendedores de periódicos.

Ni siquiera llega á estos campos *La Constitución carlista*.

Ni los manifiestos de los partidarios de la *Commune*.

Nada; silencio profundo, letargo continuo; la naturaleza parece dormir una siesta larga.

¡Y qué largos son también los minutos!

Ausente de tu vista
mucho más vivo,
porque cada momento
se me hace un siglo.

(El autor siente que le dan un golpecito en la espalda, vuelve la cabeza y reconoce á Patricio.)

—¿Qué canta V., amigo mio?

(El autor, poniéndose en pié.) Hola, compañero; estaba recordando un cantar popular que pienso poner con otros en una novelita que estoy escribiendo sobre el viaje á la Granja.

—¿Y á qué santo incluye V. esas canciones?

—Porque son populares, y así conseguiré que también sea popular mi novela.

—Pues yo venía á pedir á V. un favor.

—Vaya V. pidiendo.

—Yo tenía noticia de esa novela, y...

—Caramba, ¿y cómo ha sido?

—Eso se les conoce á los escritores en el lazo de la corbata.

—Prosiga V.

—Pues, como digo, ya me figuro que nos va V. á sacar á la vergüenza á mi mujer y á mí.

—Cómo puede V. creer...

—No, si eso sería muy natural; pero lo que únicamente venía á suplicar á V. es que no diga nada del modo de lo que se permite mi señora.

—Haré cuanto me sea posible por complacerle.

—Ella no tiene la culpa de hablar así. Yo la conocí en un pueblo, y sus padres no pudieron educarla como es debido.

—Francamente: es sensible que tenga ese defecto, porque sus modales y su presencia son muy recomendables.

—Buen trabajo me ha costado hacerle perder el pelo de la dehesa. ¡Si la hubiera V. conocido en el pueblo como yo!... Ahora está muy variada. Habla mucho mejor.

—Pues, nada, le tendré á V. presente y procuraré hacerle todo el favor que me sea dable.

—Mi gratitud y mi...

—No hablemos de eso. Pero oiga V. Patricio: ¿se llama V. Patricio?

—Sí, señor; hace cuarenta y cinco años.

—Pues bien, Patricio; yo también tenía alguna noticia acerca de V. y sé que es V. muy celoso.

—Sí, amigo mio; es una desgracia; conozco que no tengo motivo, pero soy celoso como Sansón.

—Oteló, querrá V. decir.

—Eso es: ya lo ve V.: los celos me hacen olvidar hasta la historia de España.

—(¡Atiza!)

—Una noche, en Madrid, al volver á mi casa, sentí ruido en el cuarto de mi mujer, que estaba en el comedor, pero yo no lo sabía. Saqué el revolver y disparé; por poco mato al ama de llaves, que era quien andaba por el cuarto buscando una palmatoria. Había entrado á oscuras y esta fué la causa.

—Es V. atroz, Patricio.

—Otra vez dejé cojo á un pollo que dirigió un requiebro á mi esposa al salir del teatro. Otra vez...

—Basta, hombre, basta. Ya estoy convencido de lo que es V. Ahora escuche V. un consejo.

—Diga V., amigo mio, que siendo cosa de V. debe ser bueno.

—Es, por lo ménos, conveniente. Se reduce á suplicar á V. que refrene esos ímpetus, que no sea celoso y que si lo es, porque no lo puede remediar, al ménos no le dé á entender.

—Muy difícil lo veo.

—Lo supongo, pero hay que hacer un esfuerzo, porque de lo contrario representará V. muchos papeles ridículos (un hombre celoso siempre lo es) y yo no tendré más remedio que describir al público las escenas á que dé V. lugar.

—Procuraré refrenarme, le doy á V. mi palabra.

—V. se lo perderá.

—¿Y en cuanto al lenguaje de mi mujer?

—Ya he dicho á V. que le tendré presente.

—Vaya, pues, adios y muchas gracias.

—Hasta otro rato y no hay de qué.

—¿Vamos en la misma diligencia?

—No sé.

(El autor se separa de Patricio y va á preguntar cuándo emprenderán la marcha. En el mismo momento se oyen las voces de los mayores que gritan:

—Viajeros, al coche.

—Al coche.

—Que nos vamos.

Y el autor corre á ocupar su asiento de interior en el primer carruaje que encuentra á mano. Hubiera deseado no ir con Patricio y su mujer, para cumplir su ofrecimiento de no hablar de ellos, pero la fatalidad hace que los encuentre en el mismo coche. Entra, saluda, se sienta al lado de la portezuela, y como ya es casi de noche no puede dar idea del tipo de los demás viajeros que ocupan el interior.)

Esto merece capítulo aparte, y en él los mostraremos al público tal como ellos se manifiesten.

El coche se pone en movimiento.

¡Adios, Villalba!... Ya nos deslizamos por esa lengua de tierra que se abre paso en medio de esas enormes montañas.

Vamos andando...

(Se continuará.)

LETRILLA.

Que Juana es honrada
la gente lo afirma,
mas ella es muy pobre
y va bien vestida;
su gasto es muy grande,
su cara muy linda,
y cuenta la pobre
por toda familia,
un primo que tiene
afecto á su prima.

A mí no me digan;
sabe Dios de dónde
saldrán estas misas.

Seis mil reales cobra
en clases pasivas
Don Bruno, y con ellos
mantiene á sus hijas,

las viste, las calza,
las cuida, las mimas,
las lleva al teatro;
las lleva á visitas,
á la Castellana,
y siempre en berlina.

A mí no me digan;
sabe Dios de dónde
saldrán estas misas.

Don Blas es un Creso
que á todos fascina,
con trenes suntuosos,
con mesa exquisita,
con lujo insolente,
con joyas magníficas,
y todos le tienen
por capitalista...
ayer, sin embargo,
don Blas era un quidam.

A mí no me digan;
sabe Dios de dónde
saldrán estas misas.

Es viuda, y no fea,
doña Rosalía;
seis reales de renta
su amada costilla
le dejó, y con ellos
la triste viudita
pasando va alegre
la misera vida,
gastando de un año
la renta en un día.

A mí no me digan;
sabe Dios de dónde
saldrán estas misas.

Adolfo es un ente
que á todos fastidia:
le calza Reinaldo,
le viste Mexia,
y vive á lo grande,
sin que se colija
el cómo se busca
este ente la vida,
pues sólo es notoria
su gran tontería.

A mí no me digan;
sabe Dios de dónde
saldrán estas misas.

Así cuando veo
estas maravillas,
y los muchos tipos
que en Madrid se agitan,
triunfando y gastando,
de noche, de día,
sin rentas, ni oficio
que expliquen su vida,
murmuro:—«Me escamo;

á mí no me digan;
sabe Dios de dónde
saldrán estas misas.»

JUAN MORAN.

CASCABELES

Hemos recibido el tomo quinto de las *Obras completas de la Sra. Doña Gertrudis Gomez de Avellaneda*.

Contiene este volumen las preciosas novelas y leyendas, tituladas: *La velada del helecho, La bella Toda, Los doce jabalíes, La montaña maldita, La flor del ángel, La ondina del lago azul, La dama del Amboto, La baronesa de Joux, El aura blanca, Una anécdota de la vida de Cortés y El cacique de Turmequé*.

El editor de la obra, Sr. Rivadeneira, ha tenido el buen gusto de completar este magnífico volumen insertando algunos juicios de obras de la Sra. Avellaneda, escritos por insignes críticos, como son los Sres. Catalina, Alarcon, Romero Ortiz, Flores, Navarro Rodrigo, duque de Frias, Lista, Mr. de Villemain, Pastor Diaz y la señora Coronado, agregando dos que últimamente han escrito los Sres. Cueto y Vidart.

Inútil nos parece encarecer la importancia de este monumento literario, notoria como es la justísima reputación de la eminente escritora.

Y como prueba de que todavía hay buen gusto literario en España, podemos decir con satisfacción que ya se ha vendido una gran parte de la numerosa edición de dichas obras.

Cada tomo cuesta 20 rs., y se vende la colección en las principales librerías.

En el paseo de Atocha, al anochecer, robaron el otro día á un mariscal de campo.

Pues señor, á mí que no soy ni cabo segundo, me van á robar en medio del día en la Puerta del Sol los calceñines.

Ya no se puede salir de casa.

Se suprimió el cuarto del cartero y ahora se va á restablecer el cuarto del cartero; se suprimieron los consumos y ahora va á haber consumos.

Esto es lo que tiene hacer reformas de golpe y porrazo, sin prevision, sin prudencia y sin saber lo que es gobernar.

Así, clarito.

La poca seguridad personal de que se disfruta en Madrid, á pesar del gran número de agentes de orden público, debe llamar grandemente la atención del gobierno; ponga en este asunto mano firme, y el vecindario se lo agradecerá.

¿Con que á un pintorcito italiano se le encargó un cuadro que representara la llegada de la comision de las Cortes á Florencia, y ahora pide el señorito dinero adelantado?

Bien, hombre, bien; eso se llama patriotismo y querer proteger las artes españolas.

Como aquí los pintores son tan malos como Casado, Gisbert, Palmaroli, Rosales, etc., etc., se ha encargado el cuadro á un italiano.

¡Bien, retebien!

Este asunto me hace el efecto de un punto negro.

Yo no hubiera pensado en hacer tal cuadro, pero de hacerlo, lo natural era abrir concurso entre artistas españoles.

Digo, me parece á mí; si estoy equivocado, Vds. perdonen la incomodidad.

Dice un periódico:

«El alcalde de Labastida ha recogido las llaves de todas las iglesias, prohibiendo el culto católico por sí y ante sí, y permitiendo que se apedreen las casas de los sacerdotes.»

Sr. Ruiz Zorrilla, si va V. E. á consentir barbaridades como esa, entónces ya puede V. E. irse á Tablada.

Eso es una vergüenza.

Dice *La Epoca* que no se ha suprimido la franquicia de correos á los diputados.

Pues debe suprimirse, porque los diputados deben poner en las cartas que escriben los sellos correspondientes, como cualquier mortal.

¡Abajo privilegios!

¡Y esos son los que dicen que todos somos iguales!...

Suplicamos á las personas que salieron de Madrid para Barcelona el 29 de Mayo último, que nos digan si ha llegado ya el tren á aquella capital.

Estamos con cuidado, porque dos paquetes de pliegos de *Los Niños*, que salieron en dicho tren correo, no han llegado todavía, y en la direccion de Correos no dan razon.

Dicen que va á venir á Madrid el príncipe D. Humberto, heredero del rey D. Víctor Manuel.

No ganan para fraques los progresistas.

Menudean las falsificaciones de billetes y de moneda. Sr. Ruiz Zorrilla, ojo á ese punto negro.

Esas empresas de *hacer dinero* no deben ser de gente pobre, sino de gente de más pretensiones.

Mucho ojo.

El ministro de la Guerra se ha ido á vivir al ministerio.

Suponemos que por vivir allí pagará lo ménos 30.000 reales al Estado, que es lo ménos que valdrá una habitación tan buena y en tan buen sitio.

Anda por ahí un señorito que va á casa de autores y editores de obras á pedir libros, cuyo importe ofrece llevar al día siguiente, y se dice recomendado por el administrador y el director de EL CASCABEL.

Así ha sacado algunos veinticinco de ejemplares de diversas obras, y damos este aviso para que los autores y editores estén prevenidos.

El ilustrado capitán de infantería D. Cándido Varcna y Olarte, ha publicado un precioso estudio militar sobre la *Guerra entre Francia y Alemania en 1870 y 71*, en el cual demuestra una vez más sus grandes conocimientos, probados ya en alguna otra obra de que oportunamente hablamos á nuestros lectores.

Este curiosísimo estudio militar se vende á 12 rs. en las principales librerías.

—Chico, magnífico gaban traes.
—Así, regular.
—¿Cuánto vale?
—Cincuenta duros.
—¿Canario! ¿cómo pagas ropa tan cara?
—¿Y quién te ha dicho que yo la pago?

El ayuntamiento hace otro empréstito.
Y seguirá tan tronado como hasta aquí.

A ver si cobran los pobres guardias, á quienes se deben cinco meses.

¡Y tienen que pagar el uniforme!

Sr. Ruiz Zorrilla, vamos á ver si se acaba esa bonita costumbre de dar á todo bicho viviente cruces libres de gastos.

El que quiera cruces, que las merezca primero y luego que las pague, que las pague.

Pues, señor, el correo se va enmendando.

En Junio anterior remitimos 25 ejemplares de la obra de Palacio, *Cien sonetos*, á un amigo de la Habana, y en efecto, nos escribe que ha recibido la carta en que le decíamos que iban los 25 ejemplares, pero esto s no han llegado á su poder.

Se habrán ido á buscar los dos paquetes de pliegos de *Los Niños* que enviamos á Barcelona, en Mayo, y que todavía los está esperando nuestro estimado correspondal D. Eudaldo Puig.

Miren Vds., es una ganga tener empresas literarias con este servicio de correos.

Lo poco que uno podría ganar se lo lleva el demonio. Y ¡viva la libertad!

Des obras nuevas.

El guapo Francisco Estéban, bonita novela de D. Manuel Fernandez y Gonzalez. Es una lectura amena y entretenida, como todas las del gran novelista. No ha sido publicada en España hasta ahora.

En nuestra administracion se vende á 6 rs. en Madrid y se remite á provincias á quien remita libranza de dos pesetas.

Nuevo tratado de aritmética, arreglado en verso para facilitar el estudio de la misma á los niños. Es un curioso trabajo hecho por el profesor de instruccion primaria don Enrique B. y Hernando, y creemos que ha de popularizarse muy pronto. Solo cuesta 2 rs. en Madrid y 2 y medio para provincias.

Conviene dar la mayor publicidad posible al siguiente suelto que publica un periódico:

«A la entrada de los jardines del Buen Retiro fuimos anoche testigos presenciales de uno de esos hechos que demuestran que vivimos en el país clásico de la honradez.

Fué el caso que habiéndose llegado un caballero á un revendedor para tomarle tres sillas para la funcion del teatro, aquel dió á éste para que se cobrara una moneda. El revendedor preguntó al caballero:—¿Qué es lo que usted me dá?—Un duro, replicó el comprador.—Pues no es un duro, dijo volviéndosela, sino una onza de oro lo que V. me dá. No sabemos el nombre del revendedor, pero si que en la gorra que usan los que á su clase pertenecen lleva el núm. 58.»

Ese es un hijo del pueblo que vale tanto como el más encumbrado magnate, por su honradez. Sentimos no saber su nombre.

SOLUCION DE LA CHARADITA DEL NÚMERO ANTERIOR

Garra, paga, tapa y gata,
pata, parra y aceitera
al momento ví que era
tu charada garrapata.

Un cabo de gastadores.

CHARADITA.

La segunda y la primera cuando leas el *Telémaco* has de encontrar en seguida y yo conozco un bollerero que tiene prima y tercera y de ella saca provecho; segunda y tercera se bebe, pero beberla no es bueno; del todo en España siempre, en verano y en invierno, estamos amenazados gracias á los caballeros que hacernos á toda costa venturosos se han propuesto, que presumen que lo somos cuando ellos tienen buen sueldo. Si no aciertas la charada, que eres muy torpe te advierto.

ANUNCIOS
LOS NIÑOS
REVISTA DE INSTRUCCION Y RECREO
DIRIGIDA POR
Don Carlos Frontaura

Se han publicado tres tomos, y ha comenzado la publicación del 4.º

Salen tres números al mes, impresos en magnífico papel, con profusión de bellos grabados.

En los tres tomos publicados aparecen las firmas de los hombres mas eminentes de España.

Precios: en Madrid 12 reales trimestre, 22 semestre y 40 año: en provincias 15, 28 y 50 respectivamente.

Los tomos publicados se venden á 24 rs. en Madrid y 30 en provincias. Dirigir los pedidos de Madrid y provincias á la Administracion, plaza de Matute, 2.

PÓLIZAS SE COMPRAN.

Porvenir de las familias, Tutelar, y señalamiento de las mismas, Caja U. de Capitales, C. de la Nacional, Crédito Comercial, Peninsulares, y otros valores. Montera, 32, tabaquería. (15)

CALZADO DE LAS FAMILIAS.

ZAPATERÍA DE SANZ.

Calle de Latoneros, 12, (frente á la Cruz de Puerta Cerrada.)

El dueño de este acreditado establecimiento ha resuelto hacer una gran rebaja en los precios de toda clase de calzado, tanto de señora como de caballero, sin desatender por ello la buena calidad de la obra, su finura y elegancia.

Calzado para señora.

Botas lisas de rusel desde.	18 rs. en adelante.
Botas polonesas, de rusel, con puntera de charol, desde.	24 rs. id.
Botas fuertes, de chagrin legitimo, desde.	26 rs. id.
Botas polonesas, de rusel, con puntera de charol, y adornadas, desde.	28 rs. id.
Botas de color, llamadas de Pan y Toros (última novedad).	30 rs.

Calzado para caballero.

Botinas de chagrin, desde.	40 rs. en adelante.
Botinas de chagrin con puntera, de dobla suela, desde.	46 rs. id.
Botinas de becerro mate, desde.	46 rs. id.
Botinas de charol, con cañas de satén ó de chagrin, desde.	48 rs. id.
Botinas de becerro frances, desde.	48 rs. id.
Botinas de becerro frances, de doble suela, desde.	50 rs. id.

Calzado para niños.

Hay una gran variedad de clases, de calzado, para niñas y niños, á precios reducidos.

NOTA. Se hace toda clase de calzado á la medida, y segun el capricho y necesidades de las personas que favorezcan este establecimiento, con un pequeño aumento de precio.—Tambien encontrarán un variado surtido en zapatillas de verano y en zapatos de rusel y de cabra, para señora.

VIDA, SALUD Y HERMOSURA.

Zarzaparrilla Universal de P. F. Izquierdo.

Elixir extraordinario, que sin rival refresca, regenera, reanima, normaliza y purifica la sangre, destruyendo todos sus vicios, malos humores y adquisiciones con efectos marcados y sin perjuicios, hermoseando á la vez el rostro y sus arrugas y manchas. Es el antiapopléptico más seguro para evitar las congestiones que ocasionan muertes repentinas. Cura la impotencia si proviene de abusos ó de vejez; las irritaciones generales ó locales y los dolores, infartos, bultos, concreciones, granos, erupciones, afecciones de garganta y boca, uricarias y uterinas, flujos, herpes, escrófulas, salivacion, hemorroides, mareos, sustos, histerismo, restos de sífilis y venéreo, asma, afecciones de estómago y pecho, tisis incipiente, hidropesías, afecciones del hígado, erisipelas, y especialmente las producidas por trastornos gástrico-biliosos, y en fin, cuanto tenga origen en la sangre impura, circulación anormal ó irritaciones. Se remiten gratis libros explicatorios. Enfermos y médicos dán al Elixir el nombre de seguro de la salud y de la vida, y las damas de la hermosura. Se conserva indefinidamente. Botella con estuche y amplia instruccion, 5 pesetas, y hay para más de una semana. Por mayor, docena 36 pesetas; el ciento 250 pesetas. El autor, Pablo Fernandez, Madrid, Ruda 14, botica; Sevilla, Gradas de la Catedral, botica; Zaragoza, Rios, Coso 33; Pamplona, Eparza; Avila, Rodriguez; Bilbao, Orive; Valladolid, Huerta; Rioseco, Fernandez etc.

SALES MARINAS DEL CANTÁBRICO

Ó BAÑOS NATURALES DE MAR EN CASA.

Conocidas ventajosamente por el público y los médicos, extraídas de las aguas de alta mar y garantizadas por el farmacéutico Yarto Monzon, San Vicente de la Barquera (Santander.) Se dan *algas* é instruccion detallada. Paquetes de un kilo para un baño 10 rs. en casa del autor y en su único depósito central en Madrid, Ruda, 14, botica de F. Izquierdo. No confundirlas con artificiales ni imitaciones análogas.

LA CASA J. SOREL Y COMPAÑÍA, DE LONDRES,

89 y 109 High Street Borough,

ofrece á los negociantes y á los productores de España la colocacion ventajosa y rápida de todo producto ó mercancía, comision moderada y adelanto de fondos.

À LAS SEÑORAS.

En ocho lecciones se enseña á coser á máquina con perfeccion. Honorarios, 6 rs. cada leccion. Abada 15, segundo derecha.

MÚSICA NUEVA PARA PIANO.

Pues señor, hasta ahora la música para piano costaba dinero. Ahora es de balde, porque de balde se dar por un real cuatro ó ocho piezas de música buena y nueva para piano.

Por ejemplo: cuatro walses, titulados *El Jardinero*, *El Brillante*, *El Risueño* y *El Cascabel*, cuestan un real.

Cuatro schotischs: *El Improvisado*, *La oracion*, *¿Quién va allá?* y *El dos de mayo*, cuestan un real.

Cuatro polkas mazurkas: *La carta*, *Amor de amores*, *La Perla* y *La Bandera de los tres*, cuestan un real.

Ocho habaneras: *No me gusta*, *La sal de las montañas*, *Tu boca*, *La Graciosa*, *El sereno*, *¿Qué sofoco!* *La Maravilla* y *Tiene V...*, cuestan un real.

Cuatro polkas: *Felisa*, *Chipi*, *A mi morena* y *Los dos*, cuestan un real. Es decir que por cinco reales se dan 21 piezas de música para piano. Se venden en la Administracion de EL CASCABEL, Plaza de Matute, núm. 2.

MADRID.—1871

IMPRENTA, CALLE DEL CID, 4, (BARRIO DE RECOLETOS.)